

Título:

LA SUBJETIVIDAD, SIN MÁS.

Concepto e implicaciones epistemológicas e interventivas

Autor:

Dr. Josep Garcia-Borés Espí.

Universidad de Barcelona.

Dirección:

Departamento de Psicología Social.

Facultad de Psicología.

Universidad de Barcelona.

Campus Mundet.

Avda. Vall d'Hebrón, 171.

08035 Barcelona.

garciabores@ub.edu

LA SUBJETIVIDAD, SIN MÁS.

Concepto e implicaciones epistemológicas e interventivas.

Dr. Josep Garcia-Borés Espí.
Universidad de Barcelona.

RESUMEN.

Este artículo introductorio se dedica a presentar el concepto de subjetividad desde una perspectiva teórica socioconstruccionista y desde la lógica disciplinaria de la Psicología Cultural. Eso implica entenderla como socialmente construida, en permanente transformación y con contenidos de naturaleza cultural. Posteriormente, el texto se adentra en algunas de las implicaciones que comporta trabajar con la subjetividad. Implicaciones y retos para la investigación, en relación al objeto y al sentido epistemológico del conocimiento construido, hasta implicaciones y retos en el ámbito interventivo, concretamente para la práctica terapéutica. Con todo, no se pretende un texto de profundización teórica, filosófica o histórica, sino que quiere ser fundamentalmente una invitación, un abordaje orientado a la difusión social de la necesidad de recuperar este concepto y ponerlo en el centro del pensamiento psicológico, tanto para el orientado a la investigación como para el que actúa de base de la intervención.

Palabras clave:

Subjetividad, Epistemología, Intervención terapéutica, Socioconstruccionismo, Psicología Cultural.

SUBJECTIVITY, WITHOUT FURTHER ADO.

Concept, epistemological implications and intervention issues

Dr. Josep Garcia-Borés Espí.
Universidad de Barcelona.

ABSTRACT

This article introduces the concept of 'subjectivity' from a social-constructionist theoretical perspective and within the disciplinary matrix of Cultural Psychology. This entails an understanding of subjectivity as socially constructed, permanently transformed and made of culturally grounded contents. The text then deepens into some of the implications derived from working with the subjectivity. Implications and challenges for the research, related to the object and to the epistemological sense of the knowledge constructed, as well as for the field of intervention, specifically for therapeutic practice. However, it is not the aim of the article to propose a profoundly theoretical, philosophical or historical text, but to present an invitation oriented to the social diffusion of the need of recovering this concept and to locate it in the centre of the psychological thought, both for research and intervention purposes.

Key words:

Subjectivity, Epistemology, Therapeutic Intervention, Social Constructionism, Cultural Psychology.

1. LA SUBJETIVIDAD

La recuperación de este concepto clásico se manifiesta abiertamente en la segunda mitad de la década de los ochenta, generalmente definida por la euforia y la autocomplacencia del Cognitivismo más formal. Frente a su enorme dominio, empezaron a surgir voces teóricas diversas, coincidentes en considerar que esa psicología objetivista, sistemática, lógica, positivista, daba ciertamente mucha seguridad, pero resultaba fría, artificial, alejada de cómo son las experiencias psíquicas de los humanos. Y, por ese camino, frente a las psicologías de los hechos que dominaban desde los años treinta, coincidían también en la reclamación de volver a las psicologías de los significados, convencidos, de nuevo, de que lo relevante desde el punto de vista psicológico no es el número o la fuerza de unos golpecitos en la espalda que me da alguien sino el significado, amistoso o agresivo, que les atribuyo; eso determinará mi vivencia y mi reacción.

Entre estas voces críticas de los ochenta surgirá el Socioconstruccionismo¹ que, congruentemente con lo dicho, se manifestará particularmente heredero, junto a otras influencias, del Interaccionismo Simbólico, la tradición que mejor mantuvo viva la antorcha del Significado, a la sombra de las décadas de dominio conductista y cognitivo. Y es que no se puede recuperar la subjetividad, sin reconocer antes la primacía de los significados sobre los hechos cuando hablamos de la experiencia psicológica de los humanos.

1.1. Concepto y Fobia

Podríamos definir la subjetividad de muchos modos, más o menos dilatados como por ejemplo: *el mundo mental desde el que, cada persona en particular –y ésta es la cuestión clave–, percibe, atribuye significado y sentido, siente, se afecta, elabora, se predispone, se orienta actitudinalmente, genera intenciones y actúa, frente a cualquier cosa que le ocurra*. O también de modo más conciso, como: *el particular marco de interpretación de la realidad que dispone cada persona en cada momento de su existencia*.

En todo caso, entendemos la subjetividad como una actividad prioritariamente interpretativa, de atribución de significado y sentido, que nos pone ante una imagen del humano como un *ser interpretativo*. Un ser que interpreta la realidad que le rodea y que se interpreta a sí mismo, desde su coyuntural subjetividad, desde su particular y actual configuración subjetiva. Y si buscáramos una metáfora idónea para este concepto, posiblemente una bien adecuada sería la de la *lente*. Una lente a través de la cual interpretamos y nos interpretamos.

Llegados a este punto, a menudo mis alumnos preguntan algo defraudados: “bueno... ¿pero esto no es simplemente afirmar algo tan evidente como que cada uno entiende las cosas a su manera?”. Pues sí. Y, por lo tanto, uno puede sorprenderse de que algo tan obvio haya sido –y siga siendo– eludido casi fóbicamente por parte de las psicologías dominantes de las últimas décadas. Sí, parece increíble. Creo que no se puede entender esta cuestión si no nos damos cuenta de que, si bien la idea en sí puede ser reconocida por todos, lo que ya es más complejo es asumir las consecuencias de esta evidencia. Y es que, si se atienden seriamente las consecuencias, las cosas francamente se complican mucho.

Para empezar, para la propia práctica psicológica. En efecto, si se asume seriamente una posición subjetivista, la “realidad objetiva” deja de ser, desde el punto de vista psicológico, relevante. Lo que en todo caso pasa a ser relevante es la vivencia subjetiva de esa “realidad objetiva”. Dicho de otro modo, deja de importar la conducta concreta de alguien y pasa a

serlo el sentido, la intención, del que la emite y el sentido, la intención, que para los demás tiene esa conducta. Lo relevante no es el problema de alguien sino qué significa para él, qué valor le otorga, cómo le hace sentir. Así, la tarea del psicólogo se complica enormemente, tanto en términos diagnósticos como terapéuticos, como trataré de mostrar posteriormente en el apartado de implicaciones para la intervención psicológica.

Ahora bien, desde mi punto de vista, esta complicación para la tarea interventiva no ha sido la causa fundamental del destierro que la subjetividad ha sufrido durante décadas. La responsabilidad es de orden epistemológico, recae sobre la apuesta positivista (en sus distintas fases y versiones) que ha dominado casi exhaustivamente la construcción de conocimiento psicológico desde los años treinta a los noventa, y que aún sigue dominando considerablemente la escena académica. Una concepción del conocimiento incompatible con el concepto de subjetividad, como trataré de mostrar más adelante en el apartado de implicaciones para la construcción de conocimiento psicológico.

Por otra parte, cualquier planteamiento teórico de la Psicología propone a su cultura, explícita o implícitamente, un modelo, una visión de ser humano. Sea el dominado por fuerzas intrapsíquicas inconscientes, el resultado de una suerte de aprendizajes condicionados o modelados, o un ente lógico articulado en procesos cognitivos sistematizables. También los enfoques subjetivistas envían un mensaje contundente a nuestra cultura: “La realidad, para los humanos, es siempre una realidad interpretada”. Y ello por ejemplo implica, entre muchas otras cuestiones, que nunca podemos estar seguros de que la realidad es como la estamos interpretando. Y claro, esto, para nuestra cultura occidental, resulta muy duro, casi inasumible. La nuestra se ha caracterizado, durante todo el período de la Modernidad, precisamente por lo contrario, por ser una Cultura de la Certeza, en cualquiera de sus metanarrativas. Desde la *verificación científica* modernista, pasando por la *autenticidad* romántica, hasta la heredada *Verdad divina* de la cada vez más residual (con el perdón de los que a ella siguen aferrados) metanarrativa cristiana.

Sí. Que “cada uno lo ve a su manera”, es fácil de reconocer. Pero asumir hasta las últimas consecuencias que la relación de los humanos con la realidad pasa siempre, ineludiblemente, por la interpretación subjetiva, resulta muy difícil para nuestra cultura, nos es un gran problema porque hemos hipotecado nuestra seguridad en la Certeza. Y los humanos (porque la necesidad de Certeza que sepamos ha estado presente en toda cultura hasta ahora) ante un gran problema, parece que preferimos eludirlo, hacer como que no lo es, al menos mientras podemos.

Los planteamientos teóricos subjetivistas simplemente deciden que ha llegado el momento de asumirlo, de afrontarlo. Con todo, creo que podemos establecer una distinción dentro de las posiciones subjetivistas. Una de más moderada, que se limita a hablar en términos estrictamente psicológicos; y otra, más radical, que se sitúa en un plano más filosófico. La primera, la posición podríamos decir “psi”, no niega necesariamente la existencia de la realidad objetiva. Lo que afirma –y asume– es que la experiencia psíquica de esa realidad objetiva pasa inevitablemente por la vivencia subjetiva. La relación de los humanos con esa realidad objetiva es inevitablemente una experiencia subjetiva. Lo trascendente, psicológicamente hablando, no son las características físicas de la mesa sino las sensaciones que me suscita (agradabilidad, protección, rechazo...) ligadas a experiencias personales anteriores, vinculaciones, significados, etc. La cuestión no es el padre muerto, es cómo me vivo yo la muerte de mi padre.

La posición “filosófica” va más allá, niega directamente la existencia de la realidad objetiva, entendiendo la realidad como un producto intersubjetivo (la mesa no existe fuera de nuestras subjetividades o, si se prefiere, sólo es una mesa en la medida que

intersubjetivamente consideremos que lo es). Al margen de cuál sea mi posición vital al respecto, creo francamente que con asumir la posición “psi” ya ganaríamos mucho. Por lo menos, la Psicología daría un salto de gigante en su intento de comprensión de cómo nos vivimos la vida los humanos.

1.2 Construcción social de la Subjetividad

Esta subjetividad, tan peculiar de cada uno, no la entendemos como un producto individual, esencial, intrínseco a uno mismo. Al contrario, la concebimos como una construcción social, cuestión clave para la perspectiva socioconstruccionista. Podemos imaginar la subjetividad como un entramado denso de conceptos, creencias, explicaciones sobre la realidad, criterios de valoración, pautas morales y pautas de comportamiento, a través del cual miramos al mundo y a nosotros mismos. Un conjunto inmenso de elementos que vamos adquiriendo a partir de la interacción con los demás, con el mundo social que nos rodea. ¿De dónde si no podrían proceder estos elementos que componen este marco de interpretación que llamamos subjetividad?

El proceso de construcción no tiene desperdicio. Partiendo de cero, naciendo sin subjetividad o imaginando la subjetividad como un receptáculo vacío de contenido hasta que arranque quizá el fenómeno más increíble, más incomprensible de la naturaleza humana: el inicio de la actividad simbólica. No sabemos cuándo empieza, pero sí cuando ha empezado. Es esa situación inolvidable para cualquier padre primerizo en que su bebé le mira fijamente y pronuncia: “Pa-pá”, y el padre exaltado, desbordado emocionalmente, necesita hacerlo público: “Habéis oído, ¡ha dicho pa-pá! A mí, ¡lo ha dicho, lo ha dicho!”, bajo la mirada algo envidiosa de la madre y la sonrisa sarcástica del resto que piensan: “te vas a hartar de oír: papá, papá, papá, papá, en los próximos años”. Por cierto, alguien debería advertir a las madres que no es una cuestión de preferencia hacia la figura paterna, la criatura dice antes papá que mamá simplemente porque es más fácil pronunciar la *p* que la *m*.

En todo caso, desde su inicio, este proceso evolutivo va a ser espectacular, a un ritmo sorprendente, extraordinario, exponencial. Cada día irá incorporando más y más contenidos recombiniéndolos con los previos y ganando capacidad interpretativa. No es, como ha planteado habitualmente la psicología, que los adultos tengamos una gran capacidad de influencia, es la criatura la que tiene una insaciable avidez de referentes para así poder otorgar sentido a lo que vive. Y lo muestra observando, escuchando, probando y esperando reacciones, preguntando, constantemente. A los pocos meses, con el habla aún bien torpe, será sin embargo capaz de entender instrucciones tan complejas como la de llevar una cuchara a la cocina, aunque posiblemente termine en la basura. Buena época para renovar la cubertería.

Hay otra situación típica que me resulta muy simpática. La de cuando el hijo de 18 meses gatea a toda velocidad hacia esos dos atractivos agujeros de la pared y el padre se lanza hacia él gritando: “¡¡noooooo!!, es un enchufe, te puedes electrocutar (concepto perfectamente entendible para la criatura)... ¡no se puede tocar!”, mientras estira de su hijo alejándolo del peligro. Y, claro, el crío, ante un comportamiento tan divertido e implicado de su padre, inmediatamente vuelve a su objetivo eléctrico, para exasperación del padre y entusiasmo de los fabricantes de protectores de enchufe. Esta simple escena es fundamental. Y lo es porque pone de manifiesto una subjetividad que ya funciona. Elemental, básica, sí, pero determinante: no incorpora a su subjetividad lo que le envía el entorno, sino lo que desde su subjetividad entiende que su entorno le envía. Mientras la criatura entienda el comportamiento de su padre como un juego, no parará. Y ello nos

presenta una imagen de una construcción social de la mente con una participación activa de la propia mente que se construye, lejos del sujeto pasivo que nos proponía el Conductismo, que también partía de la *tabula rasa*.

En estas primeras etapas, cada situación, cada una de las infinitas situaciones cotidianas, nutre la subjetividad. Primero, por ejemplo, la criatura será capaz de entender que la madre está enfadada. Luego, el incremento de la complejidad subjetiva le permitirá distinguir entre ese impresionante repertorio de enfados de su madre, aprendiendo a actuar según convenga ante cada uno de ellos. Más y más elementos, más y más matices, sofisticando la subjetividad, permitiéndole otorgar sentido a cada situación que vive y encontrando un modo de adecuarse a ella, que pasará a vivirlo como *su modo*. Espectacular, no hay otra cosa más fascinante que presenciar pequeños detalles del proceso de construcción de la mente.

Podríamos así irnos deteniendo en distintos momentos evolutivos, como la fase de la pregunta constante, o cuando empieza a precisar un *corpus* argumental, o cuando se manifiesta la necesidad de congruencia intersituacional, o cuando ya en los inicios de la adolescencia es capaz de anticipar situaciones que no controla del todo o en las que teme no saber encontrar su modo exitoso. Cada vez mayor complejidad subjetiva, mayor capacidad interpretativa, mayor competencia para otorgar sentido a más matices situacionales y para encontrar el modo de moverse en ellos. Ah, sí, fundamental, y obteniendo entonces un sentimiento –increíblemente ansiolítico– de seguridad. Y así, hasta llegar a la edad adulta, en un proceso dilatadísimo y complejísimo, a la que no se llega con una subjetividad hecha o acabada (sería incongruente con la propia concepción socioconstruccionista), pero sí muy versátil, con una capacidad instantánea de atribuir sentido a la mayor parte de situaciones que se nos presentan y a uno mismo dentro de ellas.

En todo caso, las constantes interacciones con nuestro mundo social, de las que extraemos los elementos para ir configurando y reconfigurando nuestra subjetividad, pueden planearse en términos de *negociaciones intersubjetivas de significado*, que alteran continuamente las subjetividades participantes, modificándolas. Ello pone de relieve la trascendencia de las relaciones sociales que mantenemos, pues se constituyen en nuestro campo de negociación intersubjetiva. No sólo con las personas, también negociamos interpretaciones sobre la realidad con el telefilm, la novela o el periódico, que no dejan de expresar convenciones, modelos, valoraciones, pautas morales, con los que entramos en contacto.

Con todo, parece claro que las relaciones personales, particularmente las más afectivas, se constituyen en los interlocutores privilegiados en la construcción y reconstrucción de nuestra propia mirada. En el contexto de la cotidianidad de una pareja, por ejemplo, sin darse cuenta acaban negociando cosas tan relevantes como la importancia de lavar los platos antes de ir a dormir, que puede llegar a ocasionar un gran malestar el día que por alguna razón no se cumple, o enojo justificado si son de los que se distribuyen matemáticamente las tareas del hogar. Se co-construye, en un juego espontáneo de identificaciones y diferenciaciones, la mirada al mundo pero también a uno mismo, concibiéndome como alguien relajado o impetuoso en función de si comparto mi vida con una mujer marcadamente ansiosa o bien con una particularmente serena y prudente. Y así, con todo.

A veces tendemos a menospreciar la mutua influencia, especialmente en interacciones de rango diferente, al estilo padre-hijo, creyendo que la influencia es unidireccional. Sin embargo, cuando yo digo a mi hijo ante la falta de mejores argumentos: “A las ocho aquí, ¿por qué?, porque lo digo yo que soy tu padre”, evidentemente que mi mensaje impacta en

la subjetividad de mi hijo, pero también en la mía. Claro, ya que la situación ha puesto en evidencia que soy más autoritario de lo que me había gustado creer hasta ahora, alterando el concepto que tengo de mí mismo, la valoración que de mí hago y, en este caso, reduciendo mi autoestima. No es poco efecto, no.

1.3 Permanente reconstrucción

Por otra parte, una de las cuestiones que a menudo más nos cuesta aceptar, herederos culturales de visiones estables de nosotros mismos, es esta idea de transformabilidad permanente. Fundamentalmente porque seguimos anclados en concepciones de nosotros mismos como seres con modos de ser inmutables, al menos las características consideradas intrínsecas. Una autoimagen en la que el entorno me puede influir, pero no en lo sustancial de mí mismo. Especialmente cuando interactúo con discursos que me resultan disonantes. Por ejemplo, cuando rechazo la interpretación de un amigo sobre mi problema, al considerarla inadecuada, puedo tender a pensar que la interacción no ha producido ninguna transformación de mi subjetividad. Erramos: claro que se ha producido. De entrada, al rechazar una interpretación alternativa a la nuestra, quedamos más convencidos de ella y, por lo tanto, algo más lejos de la disposición a cambiarla. Y esto ya es un cambio, pequeño, sutil, casi siempre imperceptible, pero así son la mayor parte de transformaciones subjetivas que realizamos en la cotidianidad.

Pero es que, además, podemos encontrarnos años después, en una situación distinta, poniendo sobre la mesa aquella argumentación rechazada (tanto entonces como ahora). Circunstancia que pone de manifiesto que aquella interpretación forma también parte de nuestro marco de interpretación. Y esta cuestión es crucial si queremos comprender la magnitud de la idea de subjetividad: la subjetividad no sólo se compone de mis interpretaciones de cómo es el mundo o de cómo soy yo, también forman parte de mi subjetividad mis interpretaciones de cómo *no* es el mundo, de cómo *no* soy yo. Es más, la subjetividad se compone de más interpretaciones de *qué no*, que de *qué sí*. Y así a menudo hacemos elecciones más amparadas en cómo entendemos qué no son las cosas que en tener claro cómo son. Sí. Sí.

Las transformaciones permanentes a partir de las constantes negociaciones intersubjetivas pueden tomar, pues, dos direcciones básicas: autoconfirmatorias de la propia mirada u orientadas a un cambio de la misma. Es muy apreciable nuestra tendencia cultural hacia la primera dirección, especialmente a partir de la llegada a la edad adulta. Pensamos en dos razones posibles: a) Por una parte, el canon cultural de *adulto*³ propio de la Modernidad se caracteriza precisamente por el imperativo de definición y estabilización de un modo de ser, bajo la amenaza en caso contrario de ser considerado *inmaduro*, con todas las consecuencias que ello comporta; b) Por otra parte, se llega a la edad adulta después de un periodo adolescente caracterizado por los *tabúes*, los miedos ante las nuevas situaciones que toca ir viviendo, y no es hasta que vamos siendo capaces de otorgarles sentido, y a nosotros mismos dentro de ellas, que no vamos obteniendo, como ya se indicaba antes, sentimientos de seguridad.

Ello puede explicar, una vez hemos encontrado un modo de *saber estar* y la seguridad que nos comporta, la tendencia a aferrarnos a ese modo instituyéndolo como *nuestro* modo de ser. Incluso tenemos analizadas las estrategias más comunes, al no poder evitar las negociaciones intersubjetivas, para tratar de proteger nuestro modo de interpretar: rodearnos de personas que ven el mundo de modo similar, obteniendo un efecto confirmatorio; y el rechazo, la descalificación instantánea, de cualquier interpretación

disonante con la nuestra, a fin de incorporarla como interpretación de cómo no son las cosas, produciendo así el mismo efecto confirmatorio de la propia mirada.

Pero, mucho o poco, todos cambiamos, porque la vida te obliga. La diferencia radica en que venimos de una tradición cultural que concibe el cambio en términos negativos, como traición a la autenticidad de cómo soy yo en realidad. En cambio, desde el Socioconstruccionismo, se asume la transformabilidad inherente e invita a predisponerse al cambio. Resistirse o predisponerse, esa es la diferencia. Eso sí, la concepción socioconstruccionista implica vernos a nosotros mismos como *intrínsecamente provisionales*, y ello nos da vértigo. De nuevo chocamos con cánones de nuestra Cultura: certeza, estabilidad, seguridad. Cánones de los que somos muy dependientes.

Además, esta concepción se enfrenta a las visiones esencialistas de nosotros mismos, con un supuesto *yo*, existente, interno, único, coherente, estable⁴; se contrapone a aquel convencimiento de que *yo soy yo*. Vernos como subjetividades en permanente transformación hace obsoleto este convencimiento, implica reconocer que no tenemos características intrínsecas a nosotros mismos y nos propone expresarnos, como decíamos hace años, en términos de: *el yo que estoy siendo ahora*. O mejor aún, *mi actual interpretación de cómo estoy siendo ahora*. En fin, es evidente que incluso nos falta un nuevo lenguaje, fluido, para referirnos a nosotros mismos.

Hay que reconocer que las consecuencias de concebirnos como entidades subjetivas en permanente reconstrucción son, de veras, de envergadura. Por ejemplo, desde las concepciones clásicas esencialistas, cuando uno quiere saber cómo es, mira atrás y, si constata que siempre ha sido tímido, utiliza esta evidencia para confirmar que efectivamente *lo es*. Pero claro, si yo hablo en términos de *yo soy así*, estoy condenándome a seguir siendo como creo que soy. Más aún, el reto para mi felicidad es encontrar condiciones adecuadas (amigos, pareja, trabajo, ocio...) a como *yo soy*. En cambio, desde una posición socioconstruccionista, la presencia en el pasado de una misma característica sólo nos habla de cómo *hemos estado siendo hasta ahora*. Nada dice del futuro. La diferencia es radical. Puedo de dejar de ser como estoy siendo en cualquier momento y así, el reto de la felicidad recae sobre mí, sobre *si quiero o no seguir siendo como estoy siendo*. Y, para mí, esta es la cuestión más atractiva de los presupuestos socioconstruccionistas: nunca los humanos se habían concebido con una potencialidad tan creativa de sí mismos y también, claro, teniendo que asumir tanta responsabilidad respecto de lo que conmigo hago. Así, sin más.

1.4 Naturaleza cultural de la Subjetividad

Volvamos a los contenidos de la subjetividad, ahora para referirnos a su naturaleza. Todo ese entramado de conceptos, creencias, valoraciones, pautas morales y de comportamiento, a través del cual organizamos nuestra experiencia, son elementos de carácter simbólico. Es decir, no son realidades, son representaciones de la realidad materializadas en lenguaje. De ahí que se consideren, a su vez, componentes de naturaleza cultural. Ciertamente la cultura puede definirse de muchos modos, resaltando distintos niveles de contenidos culturales. Pero, para los psicólogos, en general el nivel más relevante es el simbólico, entendiendo que una cultura es, antes que nada, un universo de representaciones de la realidad. Un universo del cual extraemos los elementos para configurar nuestra particular subjetividad. Como si la cultura fuera un mercado de recursos simbólicos, materia prima para construir nuestra mirada.

Por ello, no es extraño que la tipología de elementos simbólicos que un antropólogo destacaría al referirse a la composición de una cultura, coincide con la de un psicólogo socioconstruccionista al referirse a la composición de la subjetividad. Como tampoco lo es que esta concepción del ser humano esté detrás de la emergencia, a principios de los noventa, de la Psicología Cultural², dedicada precisamente a analizar ese nexo intrínseco entre cultura y experiencia psicológica.

A este proceso de incorporación de elementos de la propia cultura le llamamos *enculturación*, término de tradición antropológica que me parece más apropiado para el proceso al que nos estamos refiriendo que el *socialización*, más habitual en los ámbitos psicológico y sociológico, pero que resalta más la consecución de la aptitud para la vida social, que propiamente el de configuración cultural de la mente que aquí se quiere destacar.

Un proceso de enculturación que, llegados a la edad adulta, habrá posibilitado la construcción de una subjetividad, decíamos, muy versátil. Una subjetividad que podemos reconocer como peculiar de cada uno y, a su vez, característica, típica, del entorno cultural en que uno se ha desarrollado. Peculiar, fruto de los procesos de diferenciación, tanto porque nadie vive lo mismo, como porque cada uno lo va viviendo desde sus configuraciones subjetivas previas. Característica de su cultura, porque es de ella de donde extraemos los recursos simbólicos para construirla y reconstruirla.

Por eso los miembros de un mismo contexto cultural nos parecemos psicológicamente tanto. Lo que ocurre es que esta imagen también nos cuesta. De una parte, porque otro imperativo, muy presente en nuestro acervo cultural, es que *tienes que ser tú*, no puedes ser el clon de otro. Y así andamos con la atención puesta más en las diferencias que en los parecidos. De otra parte, la conciencia de ser *productos culturales* incomoda, de nuevo, a las concepciones esencialistas. Parece como que uno deja de ser él, como si dejáramos de tener una vida absolutamente propia. No, ser conscientes de que nuestra experiencia es característica de nuestro tiempo cultural no impide en absoluto que sigamos gozando, sufriendo, dudando, viviendo intensamente en primera persona. Tranquilos. Cada uno vive peculiarmente, desde su particular subjetividad, la muerte del padre. Pero el modo en que lo vive está directamente relacionado con los significados y valoraciones, respecto de la *muerte del padre*, vigentes en su cultura y momento histórico.

Esta conciencia en buena medida ha venido posibilitada por el conocimiento intercultural, que ha permitido apreciar la caracterización cultural de las vivencias psicológicas de distintos contextos. Pero, incluso, y debido a la exponencial aceleración de cambios sociales y culturales que se están dando en nuestra cultura occidental en las últimas décadas, para esa toma de conciencia no necesitamos ya la comparación cultural. Cambios culturales notorios ocurren dentro de los tiempos vitales, y así podemos ver a nuestros mayores cómo fueron enculturizados en unas lógicas que luego han tenido que modificar drásticamente, en concordancia con los cambios culturales, trastocando su mirada al mundo y a sí mismos.

De esta transformabilidad cultural que ya no dejaremos de vivir extraemos dos ideas para terminar este apartado. Primera: cuando cambia la cultura, al poco tiempo cambian las subjetividades. Por lo tanto, nos dirigimos inexorablemente hacia nuevas experiencias, nuevos dilemas, nuevos retos para la subjetividad, fruto de las condiciones postmodernas que vivimos⁵. A mi parecer, muy interesante. Segunda: la cultura configura nuestras mentes, pero no está sino en nuestras mentes, es obviamente un producto humano, intersubjetivo. Desde la Psicología Cultural se invita entonces a implicarnos activamente en la revisión reflexiva y crítica de nuestra propia cultura, para ser actores conscientes de

su transformación, convencidos del impacto que los cambios, sean los que sean, tendrán en las subjetividades futuras, nuestras y de nuestros descendientes. A mi juicio, muy relevante.

2. IMPLICACIONES PARA LA CONSTRUCCIÓN DE CONOCIMIENTO PSICOLÓGICO⁶

Considerar la subjetividad como el fenómeno clave de la experiencia psíquica de los humanos no sólo nos obliga a convertirla en nuestro objeto de estudio central, sino que supone una concepción de nosotros mismos con fuertes implicaciones epistemológicas y, por lo tanto, también metodológicas. Unas implicaciones que chocan con los preceptos de las lógicas positivistas, a tal punto que el dominio del Positivismo se nos muestra, como indicaba al inicio, como el principal responsable del largo destierro de la subjetividad de la teoría psicológica del grueso del siglo XX. Una incompatibilidad que se puede diferenciar en dos focos: en relación a las características del objeto de estudio; y en relación al investigador en tanto que constructor de conocimiento.

2.1. En relación a las características del objeto de estudio

Quizás uno de los trazos más identificables de la óptica positivista sea la de trabajar con hechos y, si no lo son, tratar los fenómenos estudiados como si lo fueran. Y hacerlo generalmente desde una lógica causal, planteada de modo más o menos complejo. En el momento en que recuperamos la subjetividad, los hechos dejan de ser, al menos desde el punto de vista psicológico, relevantes y vuelve a ser protagonista el mundo de los significados. Se recupera así la discusión epistemológica previa al dominio positivista: hechos frente a significados; paradigma positivista frente a paradigma hermenéutico; explicación causal frente a comprensión empática. Planteamientos alternativos al positivismo que se recuperan en consonancia con el retorno de la subjetividad como objeto de estudio.

Hay otros aspectos trascendentales que nos muestran esta incompatibilidad con el positivismo. Es el caso de su lógica nomotética. La voluntad de construir teorías generales, a partir del convencimiento de que los fenómenos responden a unas reglas que podemos llegar a descubrir, no es aplicable al estudio de un ser humano con un mundo psicológico regido por la subjetividad. No hay dos subjetividades iguales, ni que interpreten igual. No se puede estandarizar algo que es idiosincrásico. Se pueden describir tendencias interpretativas presentes en un determinado momento cultural, incluso analizar sus consecuencias psicológicas, pero no se puede plantear en términos de teoría general, dada por hecho, estable y aplicable sin más.

Tampoco es viable, por ejemplo, el ánsia de predicción característica de este marco epistemológico, ni siquiera en términos probabilísticos. Ni se dispone de una teoría general en la que amparar la predicción de un caso particular; ni tan sólo el caso particular se comporta necesariamente de un modo estable, puesto que fluctúa en función de cómo interpreta cada situación concreta; e incluso puede que una u otra interpretación acabe derivando de detalles coyunturales en modo alguno previsible. Nadie puede predecir como interpretaré (y por lo tanto actuaré) ante nada de lo que me va ocurriendo más allá de un pronóstico meramente especulativo.

2.2 En relación al investigador en tanto que constructor de conocimiento

Pero lo que más tensión provoca en los círculos académicos no es el desplazamiento del objeto de estudio hacia la subjetividad, sino las implicaciones de esta concepción del ser humano sobre la figura del científico y su tarea de construcción de conocimiento, puesto que vernos a nosotros mismos como entidades subjetivas le incluye también a él. Se cuestiona, en fin, la capacidad de construir un conocimiento objetivo, la creencia en la objetividad. Implica reconocer que el científico también es un ser interpretativo y no puede eludir tal condición, ni con el método ni con nada. Implica asumir que el conocimiento construido no es otra cosa que interpretaciones posibles. Así, desde el subjetivismo, no sólo se promueve una Psicología de las interpretaciones, de la subjetividad, sino que se defiende una posición epistemológica concretada en una *Psicología Interpretativa*.

Y aquí tocamos fondo, aparecen los fantasmas, salta la crispación. Desaparece la frontera entre conocimiento científico y lo que los positivistas siempre han considerado conocimiento vulgar; cae el pedestal, el rol de autoridad; se quedan sin su discurso de la verdad comprobada y sólo disimulada por un ínfimo margen de error escondido en la esquina de una tabla de datos numéricos. Se les derrumba el edificio, el palacio.

La renuncia a la pretensión de objetividad obliga a entender el conocimiento científico en otros términos, empezando por el papel del método. En efecto, se acaba, nada menos, con el verificacionismo, reducido a la plausividad. El método deja de ser el garante. La confianza ya no está en el seguimiento estricto de unas pautas procedimentales sino en una rica capacidad interpretativa. Se pasa de la lógica del método a la lógica del producto: lo que nos interesa es la riqueza del producto interpretativo, no cómo se ha construido. Así, el método pasa a un segundo plano, mero vehículo para la construcción de interpretaciones, sin funciones verificacionistas, y se promueve la imaginación metodológica, adecuada a objetivos, objetos y circunstancias.

Y también afecta a cómo es concebido el propio conocimiento, al valor y la confianza que le atribuimos, a las estrategias de investigación, hasta al modo en que presentamos las conclusiones. Así, por ejemplo, el conocimiento construido debe ser contextualizado histórica y culturalmente; no es planteable nomotéticamente y, por lo tanto, no es directamente extrapolable; no es neutro sino posicionado, elaborado desde un determinado posicionamiento epistemológico, teórico e incluso político y/o moral, que debe explicitarse; o que debe entenderse como la propuesta de una interpretación posible, entre otras interpretaciones posibles. Cambio de planteamiento radical, ciertamente.

3. IMPLICACIONES PARA LA INTERVENCIÓN TERAPÉUTICAⁱ

Ser seres subjetivos, como objeto de estudio y como constructores de conocimiento, también tiene implicaciones trascendentales para la intervención psicológica. Y voy a tratar de ilustrarlo brevemente para el caso de la intervención terapéutica.

La primera consecuencia, como ya se indicaba al inicio, es que lo que importa no es el problema sino la vivencia subjetiva que del problema tiene la persona afectada. Eso complica mucho las cosas al terapeuta, que ya no puede acudir a teorías nomotéticas, supuestamente verificadas, para aplicarlas de forma directa. Tampoco puede aplicar directamente pautas terapéuticas estandarizadas para cada tipología del problema. Ya no puede tratar a la chiquilla bulímica de 16 años con la misma interpretación y receta terapéutica que a la bulímica de 32 con dos hijos pequeños. Ahora tiene que adentrarse empáticamente en el mundo subjetivo de cada paciente, para tratar de comprender su

mundo, qué sentido le da a su problema, a qué lo atribuye, qué protagonismo le otorga, qué piensa de su problema, quién es su mundo de negociaciones intersubjetivas, cómo vive lo que su entorno le dice al respecto, qué imagina de lo no le dice, etc. Y hacer propuestas terapéuticas, reinterpretativas y de acción, ajustadas al caso en particular.

Además, y éste es un aspecto fundamental, el terapeuta subjetivista debe asumir que él también está haciendo una interpretación desde su particular subjetividad, y desde ella deberán construir la orientación terapéutica. Ahí es donde muchos terapeutas que se nos han acercado, interesados por estos planteamientos teóricos, palidecen. Claro, desde opciones positivistas la responsabilidad recae sobre las teorías en que se ampara. Desde posiciones subjetivistas la responsabilidad de interpretaciones y propuestas recae sobre el propio terapeuta.

A veces, llegados a este punto, los estudiantes de Psicología preguntan: “Si no podemos sustentarnos en teorías nomotéticas, ¿cuál debe ser la formación de un terapeuta?”. De lo que se trata es de construir el mayor repertorio interpretativo posible sobre las problemáticas que uno trabaja, para tener mayor capacidad de adecuación al caso particular. De cualquier fuente. De los modos en que la gente afronta sus dilemas, de las discusiones espontáneas, de los debates, de las novelas, de las películas. Todo ello expresa modos de entender, de afrontar, que pueden ser funcionales para un caso en particular. Y, por supuesto, las teorías, incluso las positivistas, quitándoles lo que de positivistas tienen (dadas por hecho, por demostradas, y de aplicación directa sobre cualquier caso) y entendiéndolas como interpretaciones posibles que pueden tener funcionalidad en casos particulares. ¿Cómo no?, al fin y al cabo, no dejan de ser interpretaciones a las que se les han dedicado dilatados esfuerzos. Por otro lado, un modo de reducir la angustia subjetivista del terapeuta es trabajar en equipo. Colegas con los que no sólo contrastar las interpretaciones que vamos haciendo, sino también capaces de generar interpretaciones intersubjetivas que puedan resultar más ricas, más variadas y adaptables al caso en particular.

Por otra parte, si seguimos no sólo una lógica subjetivista sino también socioconstruccionista, se entenderá que el ejercicio terapéutico se verá caracterizado por los propios preceptos de esta corriente teórica. Habrá, por ejemplo, que entender la situación terapéutica en términos de negociación intersubjetiva de significados entre terapeuta y paciente. Nunca he encontrado pertinente el concepto de *paciente*, entre otras cosas porque los que acuden al psicólogo siempre me han parecido, en todo caso, más bien muy *impacientes* por obtener una solución venida del terapeuta. Fuera bromas, el concepto de paciente no encaja en esta lógica terapéutica porque tendrá una participación *activa* en la construcción intersubjetiva de interpretaciones y opciones. Una implicación efectiva que debería ser facilitada por parte del terapeuta, desde los modos de relación terapéutica hasta la ambientación de la terapia, más conversacional y eludiendo roles de superioridad.

Quizás la otra gran característica de este planteamiento sea la potencialidad de cambio, dada por hecho desde la concepción de una subjetividad que ya de por sí está en permanente construcción y reconstrucción. Lo ejemplifica aquella frase casi emblemática que me encanta: “*puedes dejar de ser como estás siendo en cualquier momento*”. Ello no significa, en absoluto, que sea fácil. No lo es porque hay que reconstruir la mirada partiendo de entrada del *corpus interpretativo* que te condujo a la que ahora tienes; porque tienes que decidir qué cambios y hacia dónde; que sean viables; que sean deseados, no forzados, que te resulten atractivos; a veces sabes qué, hacia dónde, es viable y atractivo, pero no puedes, ya sea por implicar otros cambios indeseados o por las inasumibles consecuencias del cambio. Y otras veces es tu entorno el que lo impide al seguir reificando los modos anteriores. No, no es fácil, y aquí es donde el terapeuta puede entenderse como

un *facilitador de cambios* por medio de negociaciones intersubjetivas con el protagonista, resignificando pasados, comprendiendo presentes y diseñando futuros posibles.

4. DESIDERATUM

Este texto, lo decía al inicio, quiere ser una invitación dirigida a investigadores y profesionales. Para los investigadores y constructores de conocimiento, una invitación a desplazar su objeto de estudio hacia la experiencia subjetiva, dejando de tratar como *cosa* lo que no es *cosa*, ir a los contenidos, a los significados, abandonando esas psicologías frías y alejadas de las experiencias humanas. Y abandonando el objetivismo, el verificacionismo, la lógica nomotética, y asumiendo que construimos interpretaciones posibles, desde nuestra subjetividad, lógicamente acordes al momento cultural que la nutre. No pasa nada, pueden ser interpretaciones interesantísimas, profundas, sutiles y perfectamente útiles para promover conciencias de nosotros mismos. Incluso no limitándonos a interpretar *lo que pasa*, también dedicados a lo que Gergen (1989) llama *teoría generativa*, proponiendo nuevos modos de interpretar e interpretarnos.

Para los profesionales, una invitación a ser valientes, a no refugiarse en teorías supuestamente verificadas, en pautas terapéuticas estandarizadas. A que se entreguen empáticamente a la comprensión de la vivencia subjetiva de cada caso. Es más complejo, claro, pero se sentirán mucho mejor cuando dejen de aplicar la misma receta a la chiquilla bulímica de 16 años que a la mujer bulímica de 32 con dos hijos, porque es evidente que esos dos mundos subjetivos –sus dilemas, sus retos, su momento existencial– no tienen nada que ver. Invitación a hacerse cargo de que hacen la intervención desde su subjetividad y que, por lo tanto, van a tener que asumir la responsabilidad de la orientación terapéutica que promuevan. Sí. Pero eso también les hará ser más prudentes, dejar de intervenir desde la *distancia del experto*, escuchar más, proponer más que dictaminar. Y quizás se sentirán menos seguros, pero seguro que más humanos. En fin, nada más que una invitación a unos y a otros. Ojalá que les haya seducido un poco.

Referencias bibliográficas:

- Bruner, J. (1991). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza Editorial.
- Botella, L., Pacheco, M. & Herrero, O. (1999). Pensamiento postmoderno contractivo y psicoterapia. *Revista de psicoterapia*, 37, 31-50.
- Caro, I. (1999). Enfoque postmoderno y construccionista sobre la salud mental y la psicoterapia. *Revista de psicoterapia*, 37, 31-50.
- Cole, M. (1990). Cultural Psychology: A Once and Future Discipline?. En J. J. Bermann (Ed.): *Cross-Cultural Perspectives*. Lincoln and London: University of Nebraska Press.
- Cole, M. (1996). *Cultural Psychology*. Cambridge: Harvard University Press.
- Gadamer, H. G. (1976). *Vérité et méthode*. París: Seuil.
- García-Borés, J. (2000a). Paisajes de la Psicología Cultural. *Anuario de Psicología*, Vol. 31, 4 (Número Monográfico Psicología Cultural), Dic., 9-25.
- García-Borés, J. (2000b). Neurosis Postmoderna. Un ejemplo de análisis psicocultural. *Anuario de Psicología*, Vol. 31, 4 (Número Monográfico Psicología Cultural), Dic., 163-184.
- García-Borés, J. (2004). Análisis psicocultural del concepto de adulto: seducciones de ayer, jaques para hoy. *Encuentros en Psicología Social*, 372-375.
- García-Borés, J. & Martinoy, S. (1998). Retos postmodernos para la construcción de la identidad. *Boletín Sociedad Española de Psicoterapia y Técnicas de Grupo*, 14, 27-36.

- García-Borés, J., Pujol, J. & Montenegro, M. (2009). Paradigma Interpretativo en Psicología Social: consolidación y futuros. En J. Tous y J. M Fabra, *Actas del XI Congreso Nacional de Psicología Social, Vol. I*. Tarragona: URV.
- García-Borés, J. & Serrano, J. (1992). Algunas implicaciones del carácter cultural del conocimiento: de la ilusión de neutralidad a la crítica sociocultural. Comunicación presentada en el *III Encontro Luso-Espanhol de Psicologia Social* celebrado en Lisboa.
- Gergen, K. J. (1985). The social constructionism movement in modern psychology. *American Psychologist*, 40, 3, 266-275.
- Gergen, K. J. (1989). La psicología posmoderna y la retórica de la realidad. En T. Ibáñez (Coor.): *El conocimiento de la realidad social* (pp.157-186). Barcelona: Sendai.
- Goolishian, H. A. & Anderson, H. (1994). Narrativa y self. Algunos dilemas postmodernos. En D. F. Schnitman (Coor.): *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad* (pp.293-311). Barcelona: Paidós.
- Ibáñez, T. (Coor.) (1989). *El conocimiento de la realidad social*. Barcelona: Sendai.
- Ibáñez, T. (1994). *Psicología Social Construccionalista*. México: Publicaciones de la Universidad de Guadalajara.
- Ibáñez, T. (1995). Ciencia, retórica de la "verdad" y relativismo. *Archipiélago*, 20, 33-40.
- McNamee, S. & Gergen, K. J. (Comps.) (1992). *Therapy as social construction*. London: Sage.
- Pérez, M. (2001). Psicoterapia de la postmodernidad. *Papeles del psicólogo*, 79, 58-62.
- Serrano, J. (1996). La psicología cultural como psicología crítico-interpretativa. En A. Gordo & J. L. Linaza (Eds.): *Psicologías, discursos y poder: metodologías cualitativas y perspectivas críticas* (93-106). Madrid: Ed. Visor.
- Schnitman, D. F. (Comp.) (1994). *Nuevos Paradigmas, Cultura y Subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Serrano, J. (2008). Psicología Cultural. En A. Kaulino & A. Stecher (Eds.): *Cartografía de la psicología contemporánea. Pluralismo y modernidad*. Santiago de Chile: LOM Ed.
- Serrano, J. & García-Borés, J. (1993). Sociocultural Psychology and the condition of psychologist. Comunicación presentada en la *Vth Conference International of Theoretical Psychology*, celebrada en Saclas, París.
- Stigler, J. W., Shweder, R. A. & Herdt, G. (1990). *Cultural Psychology. Essays on Comparative Human Development*. Cambridge: Cambridge Univ. Press.

¹ Puntos de partida de esta perspectiva teórica pueden encontrarse en Gergen (1985) o en Ibáñez (1989, 1994).

³ Para una ampliación del análisis psicocultural de este concepto, puede acudirse a García-Borés (2004).

⁴ Para una ampliación del análisis psicocultural del concepto de *yo*, puede acudirse a García-Borés y Martinoy (1998).

² Para adentrarse en este ámbito disciplinar de la psicología puede acudirse, entre otros, a Cole (1990, 1996), Stigler, Shweder y Herdt (1990), Bruner (1991), Schnitman (1994), o dentro de nuestro contexto, a Serrano (2008). Para la articulación entre Socioconstruccionismo y Psicología Cultural, puede acudirse al trabajo previo del propio autor: García-Borés (2000a).

⁵ Para adentrarse en el análisis psicocultural de nuevas experiencias derivadas de la Postmodernidad del propio autor, puede acudirse a García-Borés y Martinoy (1998) y, más ampliamente, a García-Borés (2000b).

⁶ Este apartado puede complementarse con aportaciones clásicas como las de: Gadamer (1976); Gergen (1989); Bruner (1991); Ibáñez (1995); Serrano (1996); o con trabajos previos del propio autor, por ejemplo: García-Borés y Serrano (1992); Serrano y García-Borés (1993); García-Borés, Pujol y Montenegro (2009).

⁷ Este apartado puede complementarse con aportaciones como las de: McNamee y Gergen (1992); Goolishian y Anderson (1994); Botella, Pacheco y Herrero (1999); Caro (1999); Pérez (2001); o con trabajos previos del propio autor, por ejemplo: García-Borés (2000b).